

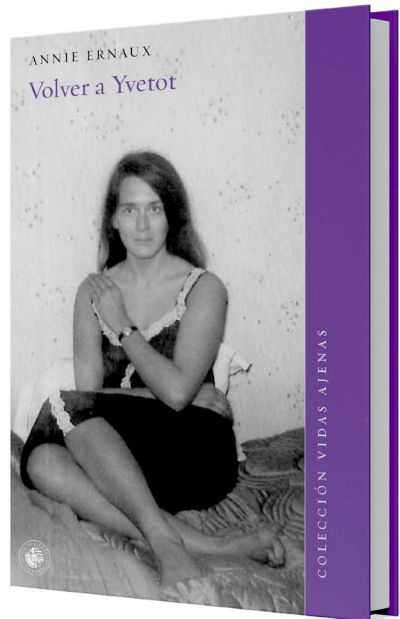
RESEÑA DE *VOLVER A YVETOT*,¹ DE ANNIE ERNAUX

Gilda Waldman M.²

*Miramos el mundo una sola vez.
En la infancia. El resto es memoria.*

Louise GLUCK
Premio Nobel de Literatura 2020

Más de medio siglo después de haber partido de la ciudad donde vivió su niñez y su adolescencia para cursar una licenciatura en Letras Francesas en la Universidad de Rouen e iniciar una carrera literaria, la escritora Annie Ernaux regresaba, invitada por la municipalidad en 2012, a Yvetot, la pequeña ciudad normanda que la vio crecer. Había llegado a los cinco años, apenas terminada la segunda Guerra Mundial en 1945, “sentada en las rodillas de mi padre, en la parte delantera de un camión de mudanzas”, cuenta la autora (Ernaux, 2023, p. 32), quien había abandonado Yvetot temporalmente en 1958 y de manera definitiva en



1 2023, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

2 Doctora en sociología. Profesora titular de la cátedra de Teoría Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, donde coordina también el sector de la sociología de la cultura.

1964. ¿Imaginaba esa joven alta, delgada, de pelo oscuro y rasgos finos que regresaría algún día, convertida en una de las figuras más consagradas de las letras contemporáneas francesas? Probablemente no. ¿Era para ella una situación difícil asistir esa tarde otoñal de octubre a la Mediateca de Yvetot? Quizá sí. Con excepción de visitas intermitentes, familiares o personales, no había regresado nunca a Yvetot de manera “oficial” como escritora, a pesar de las reiteradas invitaciones recibidas. Pero esa tarde del 13 de octubre de 2012, Annie Ernaux, de aspecto frágil, vestida con un conjunto negro, siempre reacia a la exposición pública e inquieta ante la posible respuesta de una audiencia con quienes compartía, sin duda, memorias de la experiencia de vivir en Yvetot —aunque resentida por su larga ausencia, percibida tal vez como desdén— se hacía presente en la Mediateca de Yvetot. Se encontraba ante un público de quinientas personas que la esperaban expectantes.

Sin duda, regresar después de muchos años al lugar de origen o del cual partimos, por decisión forzosa o voluntaria, es una de las experiencias más intensas que puede vivir cualquier ser humano. No es casual que el tema de “el regreso” sea, desde *La Odisea*, de los más poderosos y recurrentes en la historia de la literatura. Quien regresa no es quien partió. El lugar al que se vuelve tampoco es el mismo. Fernando Pessoa, en “En la víspera de no partir nunca” nos dice:

El lugar al que se vuelve es siempre otro.
La estación a la que se vuelve es otra.
Ya no está la misma gente ni la misma luz.
Ni la misma filosofía.

El regreso es la grieta entre la fidelidad a una memoria congelada y el peso de un tiempo-lugar presente que no se reconoce. Es la fractura entre un allá-entonces y un acá-ahora. Es la búsqueda de los mapas secretos en los que hemos dejado un palimpsesto de nuestras huellas y la comprensión simultánea de que esos mapas sólo existen en nuestra memoria. El regreso es el encuentro con la casa en que fuimos niños, y la comprobación de que allí se hablan ahora otras lenguas que no son las nuestras. No obstante, como escribe la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi (2003, p. 59), si “partir es siempre partirse en dos”, entonces el regreso puede ser también la posibilidad de explorar y rearmar la identidad del yo y sus múltiples fisuras, de reconciliar el desgarrar-

miento entre los fragmentos de nuestro ser discontinuo, de convertir los pasos tambaleantes sobre las arenas movedizas del desarraigo en pasos firmes que recorren los senderos propios, aun sabiendo que quizá el regreso no sea posible y que, en todo caso, como afirma el escritor y sociólogo Didier Eribon:

El regreso al medio del que uno viene —y del cual uno salió, en todos los sentidos del término— siempre es un regreso sobre sí mismo, y un regreso a sí mismo, un reencuentro con uno mismo que se ha conservado tanto como se ha negado (Eribon, 2015, p. 14).

En 2012 Annie Ernaux regresó a Yvetot, la pequeña ciudad de apenas 7.47 kilómetros cuadrados, con alrededor de once mil habitantes, de clima frío, “construida sobre una meseta expuesta al viento, entre Rouen y Le Havre” (Ernaux, 2020b, p. 25), a terminar de saldar la deuda que tiene con la ciudad. En esta tesitura, escribía: “Después de todo, yo me he aprovechado de Yvetot, donde pasé mi infancia, mi primera juventud, y de algún modo me he negado a devolverle nada” (Ernaux, 2023a, p. 29). Yvetot: la ciudad de sus apegos y de su huida, su punto de origen y de partida, el “regazo materno del que se huye y que nos llevamos siempre dentro” (Magris, 2001, p. 59). Yvetot, situada en la región de la Alta Normandía y parte de la Francia profunda, ligada a las tradiciones y al apego a la tierra, y tan alejada del brillo cultural de París, es la ciudad que Annie Ernaux ha llevado adherida a la piel durante toda su vida. “Je suis restée une fille de la terre par mes parents, une fille de la province aussi”, Ernaux (2014, p. 15) le confesaba a la periodista Michelle Porte en una entrevista realizada en el año 2008. Esa ciudad provinciana, de raigambre agrícola devenida industrial en la segunda década del siglo xx, fue todo su mundo hasta los dieciocho años: el arraigo primario de su vida, la cosmografía en la que asentó su memoria, la fuente germinal de su experiencia. Yvetot es para ella “una especie de ciudad mítica, porque no es un lugar geográfico, no es el que aparece en los mapas, es el lugar del origen sin nombre, una matriz llena de cosas indefinibles” (Ernaux, 2023a, p. 109).

Yvetot es la ciudad que la ha nutrido, la que se ha inscrito y anidado en ella. “No existe ninguna otra ciudad sobre la que posea tanto conocimiento tan completo, tanto espacial como temporal” (Ernaux, 2020a, p. 39), afirmaba. Yvetot es la ciudad donde, en su niñez, oía canciones en la radio, disfrutaba de las fiestas locales, andaba en bicicleta, iba al cine, asistía a misa, y escuchaba

fascinada las historias de los clientes que frecuentaban el café-almacén de sus padres. En Yvetot “están todas las primeras cosas que nos suceden en la vida, las más importantes” (Ernaux, 2023a, p. 110). Yvetot es la ciudad donde descubre, en gran parte a instancias de su madre, los libros, la lectura y también el espacio referencial que organizará gran parte de su vasta obra literaria. Una y otra vez Annie Ernaux regresa en su escritura a la ciudad que poco a poco va cambiando al amparo de la modernización. Una y otra vez regresa literariamente a la arquitectura de su casa, el almacén-café de sus padres, ubicado a medio camino entre el campo y la ciudad, como también a la geografía de la ciudad, sus calles, sus paisajes, sus aromas. Una y otra vez regresa, aun en el marco de un proyecto narrativo más amplio dedicado a dar cuenta de la vida, “avec ses contenus qui sont les mêmes pour tous mais que l'on éprouve de façon individuelle” (Ernaux, 2012, pp. 7-8), a las costumbres y los prejuicios del mundo popular de Yvetot, a la vida de la gente común en el tránsito inacabado entre lo rural y lo urbano. E Yvetot reaparece, una y otra vez, en su vida adulta, cuando al estar en presencia de un lugar de ruinas y escombros (Roma o Beirut, por ejemplo) evoca la desolación del paisaje de ruinas que era Yvetot al final de la guerra. Yvetot viene a su mente cuando, al mudarse a su nueva casa en la ciudad de Cerg en 1977, siente que reencuentra la proximidad con la tierra y sus frutos, que le era tan propios en su infancia y adolescencia (Ernaux, 2014). Y evoca a Yvetot también al reconocer en los gestos toscos de un amante joven “la memoria de mi primer mundo” (Ernaux, 2023b, p. 26).

Pero Yvetot ha sido, también, durante muchos años, una de las heridas más profundas de su vida. La pequeña ciudad, entonces siete mil habitantes, era una ciudad segregada social y geográficamente, de hermosas avenidas pero también de calles sin nombre y barrios muy modestos, en uno de los cuales se encontraba el café-almacén de sus padres; alejado del centro, frecuentado por obreros y trabajadores de situación muy precaria, y en peligro constante de quebrar. “Una carencia continua, sin fondo” (Ernaux, 2022b, p. 52). recordaría la escritora años más tarde. Yvetot era, para la adolescente Annie, al menos en su entorno social, el lugar de moral rígida en el que las mujeres tenían el destino trazado (poca educación, trabajo duro, matrimonio e hijos), el lugar de rituales religiosos asfixiantes y moral rígida, y en la que, a medida que crecía, constataba que su realidad de modesta hija de tenderos -que se ganaban la vida con dificultad- se contraponía con la situación acomodada de sus compañeras del colegio católico al que acude como alumna becada. Es

la ciudad donde experimenta la fractura entre el mundo de su infancia —popular, tosco, rudo— con el “otro mundo”, en el que se habla bien el francés, se asiste a museos y se escucha jazz o música clásica. Yvetot es el lugar donde la joven Annie se avergüenza de no ser como sus compañeras de clase (que se burlan de ella), y donde se gesta el deseo ferviente de escapar de un destino similar al de sus progenitores. Yvetot se convierte, entonces, en el lugar de la exclusión y humillación de clase, del desplazamiento social, de la “no-pertenencia”, de la grieta entre la vida “ordinaria” y pueblerina (modos de vestir, gestos, palabras) y el universo educado y de saber intelectual al que accede, primero en la escuela católica de su adolescencia y más tarde en la Universidad. Yvetot es, por tanto, el espacio en el que se gesta el rechazo a Yvetot, el punto de partida de su viaje hacia el mundo “burgués” (y dominante) que la alejará cada vez más de su mundo original, de su familia, y de todo lo que ello representa. La posibilidad de cursar estudios universitarios aprovechando los beneficios ofrecidos por el Estado y un matrimonio “burgués” le permiten acceder a un nuevo universo social y cultural, ahondando la lejanía familiar y con Yvetot y creando una suerte de amnesia en relación a Yvetot, misma que la envuelve durante varios años. Al referirse a aquel período, escribiría Annie Ernaux posteriormente: “Me doblegué a la exigencia del mundo donde vivo, que se esfuerza por hacerte olvidar los recuerdos del mundo anterior como si fueran algo de mal gusto (Ernaux, 2022b, p. 65). Y mucho más tarde agregaría: “Sólo aceptaba una herencia, la que me había dejado la escuela, la universidad y la literatura” (Ernaux, 2023b, p. 48).

Pero la nebulosa de la memoria reprimida durante varios años estallaría con un hecho devastador: la muerte del padre, ocurrida en Yvetot en 1967, cuando la joven Annie se encontraba allí para compartir con su familia la aprobación del examen práctico de aptitud pedagógica. Si “siempre se escribe desde la ausencia”, como afirma la escritora argentina Sylvia Molloy (2016, p. 21), es la ausencia ya irremediable del padre la que impele a Ernaux a escribir sobre él como una forma de reconciliación. Ello no es casual. La muerte del padre —uno de los más complejos en la vida de todo ser humano y, ciertamente, uno de los grandes temas literarios— produce un profundo sentimiento de vacío, orfandad y vulnerabilidad, y despierta la necesidad de encontrar un ancla generacional que nos rescate de la precariedad existencial y del sentimiento de encontrarnos a la deriva. La muerte del padre le pone “en evidencia el proceso de separación entre mis padres y yo” (Ernaux, 2023a, p. 117) y la

necesidad ineludible de reparar esa fractura a través de la escritura, en una suerte de fidelidad al mundo de sus padres y de compensación a su “traición” familiar y social. Pero escribir sobre su padre- apegado a la lengua regional y a las costumbres campesinas de su niñez- implica regresar a sus orígenes sociales. Es decir, a Yvetot. La necesidad de atrapar literariamente la vida de su padre — que encarnaba, más que su madre, el arraigo en el mundo obrero y popular de Yvetot— entraba en consonancia con la conciencia de “lo que tenía que escribir: escribir sobre la realidad que conocía, sobre todo lo que había atravesado ya mi existencia” (Ernaux, 2023^a, p. 49). En la vida del padre estaba contenida la historia de Yvetot y la escritura sobre ambos se convertiría, así, en una forma de reparación de la culpa de “traición”. No es casual, entonces, el epígrafe de Jean Genet que Annie Ernaux coloca al inicio del libro sobre su padre, *El lugar* (2022a): “Escribir es el último recurso cuando se ha traicionado”.

“Pero el camino de regreso a Yvetot será largo. Tenía veintisiete años cuando comprendió que quería hablar, escribir sobre mi padre, sobre su vida” (Ernaux, 2022a, p. 20), y cuarenta y cuatro cuando publica *El lugar* en 1984, libro que constituye la piedra angular de un nuevo proyecto literario en el que, por una parte, se aleja de su escritura previa dando un giro hacia lo “autosociobiográfico”, en el que el relato personal del “yo” está moldeado por las grandes fuerzas, jerarquías y clases sociales en una interacción entre la identidad individual y la colectiva. Y por el otro, a través de una narración en la voz de una primera persona que, si bien se muestra intimista, es al mismo tiempo fría, distante, directa, seca y cortante (Ernaux, 2011). Si *El lugar* marca, a través del relato de la vida de su padre, el inicio del regreso de Ernaux a Yvetot, dicho regreso continuará paulatinamente con la publicación en 1988 de *Una mujer* (2020b), libro en el que incursiona en la historia de su madre en un medio de dominación social y de género, para continuar con la publicación en 1997 de *La vergüenza*, en el que recrea el momento en que se gesta su “vergüenza de clase”, y más tarde con *L'autre fille* (2011), una carta dirigida a su hermana muerta dos años antes de su nacimiento y de cuyo nacimiento se entera al escuchar casualmente una conversación de su madre con una vecina.

Yvetot, siempre Yvetot, aunque la vasta obra de Annie Ernaux sea también una constelación de experiencias personales (la educación, las condiciones de género, el amor, el aborto, la pasión, el cuerpo, la enfermedad, el transcurso del tiempo, el duelo) en situaciones, momentos históricos y lugares específicos. Yvetot, siempre Yvetot, aunque, de hecho, escriba sobre esa ciudad desde

su casa en Cergy, una ciudad nueva y sin historia, lejana a su lugar de partida pero que no es París (un lugar al que Ernaux voluntariamente no quiere ir), “*comme si seule cette maison, en m’entourant, permettait ma descence dan la me-more, mon immersion dans l’écriture*” (Ernaux, 2004, p. 13). Yvetot, la ciudad que le regresa, siempre la misma, a través de una memoria congelada en la que “mi sensación de niña (es) la que alimenta la escritura, más que la realidad” (Ernaux, 2023, p. 105), sin dejar espacios para la imaginación, pero tampoco sin regresar a la ciudad a comprobar la fidelidad de sus recuerdos. Ello no importa. Aunque la ciudad cambie, “el recuerdo es más fuerte que la realidad” (Ernaux, 2023, p. 31).

En el año 2012, cuando Annie Ernaux regresa a Yvetot como escritora para ofrecer una conferencia, tiene setenta y dos años, honores literarios, un divorcio, dos hijos, una vida amorosa intensa, y una casa amplia y espaciosa en Cergy. Regresa a la ciudad que ha sido la fuente de sus experiencias formativas y la inspiración de parte sustancial de su escritura creativa que, al mismo tiempo, ha sido el punto de partida de su desgarramiento existencial, social y cultural. Annie Ernaux regresa al territorio de su infancia, a su gente y al acento de la lengua local que abandonó a los dieciocho años desde un lugar de reconocimiento social y cultural del que, sin embargo, no se siente partícipe. Annie Ernaux regresa para terminar el proceso de reconciliación con Yvetot iniciado en 1967, y su conferencia de octubre de 2012 marca el cierre de su largo regreso a la ciudad a la que, durante tantas décadas, no había podido volver. En su conferencia señala: “Yvetot era la única ciudad del mundo a la que era me era imposible ir. ¿Por qué? Simplemente porque para mí es, como no lo es ninguna otra ciudad, el lugar de mi memoria más esencial, la de mis años de infancia y formación, porque esa memoria está ligada a lo que escribo de manera consustancial. Podría decir: indeleble” (Ernaux, 2023, p. 30). Es un regreso físico, sí, pero es también un regreso a su propia memoria de la ciudad, abriéndola a recuerdos inéditos y silencios escondidos referidos a su niñez y adolescencia no narrados previamente en sus libros (como también, en el texto que recoge la versión impresa de la conferencia, incluye a fotos de su álbum familiar, cartas personales, fragmentos de su diario, una entrevista con la periodista Marguerite Cornier y un diálogo con el público asistente a la conferencia). Annie Ernaux (2023, p. 110) regresa a la ciudad en la cual “quedaron capas de mí misma”, a reapropiarse del territorio que ha conservado en la memoria, a explicar la influencia de la ciudad en su obra, a reiterar que, a

pesar de todo, Yvetot “(es) esa casa a la que siempre regreso” (Ernaux, 2023, p. 25). Annie Ernaux vuelve para cerrar, a través de una reconciliación pública, el círculo entre Yvetot y sí misma. Porque Yvetot es, en última instancia, la ciudad de la memoria y la redención.

Bibliografía

- Eribon, Didier. (2015). *Regreso a Reims*. El Zorzal.
- Ernaux, Annie. (2001). *El acontecimiento*. Tusquets.
- Ernaux, Annie. (2003). *L'écriture comme un couteau. Entretien avec Frederick-Yves Jeannet*. Stock.
- Ernaux, Annie. (2011). *L'autre fille*. Éditions NiL París.
- Ernaux, Annie. (2012). *Ecrire la vie*. Éditions Quarto Gallimard.
- Ernaux, Annie. (2014). *Le vrai lieu. Entretiens avec Michelle Porte*. Gallimard
- Ernaux, Annie. (2015). *La mujer helada*. Cabaret Voltaire.
- Ernaux, Annie. (2020a). *La vergüenza*. Tusquets.
- Ernaux, Annie. (2020b). *Una mujer*. Cabaret Voltaire.
- Ernaux, Annie. (2022^a). *El lugar*. Tusquets.
- Ernaux, Annie. (2022b). *Los años*. Cabaret Voltaire.
- Ernaux, Annie. (2022c). *Pura pasión*. Tusquets.
- Ernaux, Annie. (2023a). *El hombre joven*. Cabaret Voltaire.
- Ernaux, Annie. (2023b). *Perderse*. Cabaret Voltaire.
- Peri Rossi, C. (2005). *Estado de exilio*. Visor Libros.
- Magris, C. (2001). *Utopía y desencanto*. Anagrama.
- Molloy, Sylvia. (2016). *Vivir entre lenguas*, Alquimia Ediciones.
- Pessoa, Fernando. (2017). *Un corazón de nadie. Antología poética (1913-1935)*. Galaxia Gutenberg.